



Universidad de Chile
Facultad de Filosofía y Humanidades
Departamento de Literatura

Cuerpo homoerótico: Un acercamiento al flujo del deseo

Informe final para optar al Grado de Licenciado en Lengua y
Literatura Hispánica con mención en Literatura

Estudiante: Constanza Gómez Meléndez

Profesor Guía: David Wallace Cordero

Santiago de Chile
2016

Índice

Introducción.....	5
Erotismo, romance y deseo.....	7
Sea.....	17
La máscara.....	20
En el pecado, la penitencia ...	24
Contemplación.....	30
Bailes sin objeto.....	33
Devenires... ..	36
Encuentro callejero.....	40
Falda y pantalón.....	43
Conclusión.....	45
Bibliografía.....	47

A David Wallace por su apoyo, paciencia, e innumerables consejos para la mejora de mis perversiones sublimadas.

A Mercedes, mi matriz, el origen del mundo como lo conozco.

A Valeska y Belén, mis tenaces acompañantes en el arduo camino de Teseo.

Pero, si me miro en un espejo, artero y de sorpresa, igual me reconozco, y ése es el drama: que yo soy, por más y mil vestiduras de cebolla de que me envuelvan, teatro, imagen, cuadro, escena, foyer, escenario: Yo, Bataclán, Bataclán este Imperio ha mostrado ya sus piernas en exceso, en demasía descubierto sus puntillas: Y yo sin embargo / todavía tengo ganas de contar un cuento.

Oswaldo Lamborghini, *Tadeys*.

Introducción

El presente trabajo pretende realizar una reflexión en torno a los conceptos de deseo y género, y la forma en que han sido entendidos desde Bataille, con su concepción tradicional del erotismo como lo que separa al ser humano del resto de los animales y la división del trabajo necesaria para reprimir los impulsos sexuales, pasando por lo que se ha escrito sobre el cuerpo humano y su funcionalidad en el ámbito de lo sexual y social (Baudrillard, Foucault, Deleuze), hasta las ideas de Echavarren, que buscan terminar con la identidad genérica, como una construcción cultural arbitraria que segrega a los sujetos según su sexo biológico, considerando estas escrituras como otros cuerpos que, tal como el del sujeto, se encuentran abiertas para su lectura e interpretación, y que la escritura ensayística, constituida como un permanente divagar sin necesidad de fijarse, permite explorar.

Se entiende el deseo como el impulso primario, anterior incluso a la sexualidad, que tiende a la transgresión de todos los límites impuestos sobre el cuerpo, incluso el de la propia piel, y, por tanto, al encuentro con otros cuerpos. Es intransitivo e inagotable, pretendiendo el placer permanentemente pero sin llegar jamás a su objetivo, realizándose en su permanente digresión. Como potencia existente originalmente en el cuerpo, el deseo no exige determinación ni identidad, conceptos que son impuestos al sujeto por el orden opresor de la sociedad y contra los que el deseo permitiría resistencia y capacidad de transformación. La misma dicotomía de los géneros puede ser superada por el flujo del deseo que rebasa las categorías, infiltrándose entre ellas y contaminándolas, demostrando la arbitrariedad con la que se trazan los límites. Al igual que la escritura que atraviesa los géneros para recorrer (y abrir) otras posibilidades de lectura, el deseo abre el mapa de las relaciones y multiplica las vías, sin trazarlas de antemano.

Las preguntas que guían este ensayo hacen referencia a la importancia del conocimiento y potestad sobre el propio cuerpo para la efectiva comunicación con el resto, suponiendo que la libertad sobre el devenir del propio deseo permitiría esta conexión y, más aún, sería el único medio. Si el devenir del deseo supone la apertura y la atracción desde y hacia todos los cuerpos, la relación romántica dual, que impone al cuerpo la exclusividad del contacto, coartaría una parte de esta libertad, mientras que la orgía, que expone al cuerpo al encuentro y confusión con múltiples compañeros, sería el momento de liberación absoluta.

A través de la revisión de diferentes cuerpos (físicos, escriturales y ficticios), se intenta dilucidar hasta dónde actúa realmente la conciencia sobre el propio deseo, y hasta qué grado es posible la comunicación con los otros en los distintos escenarios en que se produce el contacto: cuándo el deseo deja de ser una tendencia calculada para actuar como una pulsión instintiva, y cuándo es realmente posible el encuentro con el deseo del otro, aunque el impulso propio nunca deje de ser onanista ni auto-suficiente. Cuáles son las posibilidades reales que se abren cuando el límite de la propia piel toca a otra.

Erotismo, romance y deseo

El erotismo es la pulsión inicial de la vida, es, en la concepción tradicional, el impulso de unión, de trascendencia física en la continuidad de la especie, que se opone al impulso de desintegración y muerte que es el Tánatos. En las ideas de Bataille, sin embargo, el Eros, como consciencia sexual, integra la noción de la violencia, y, por tanto, de la muerte, por lo que esta oposición no actuaría como tal. En la historia de la funcionalidad humana, dice Bataille, fue necesario restringir el instinto sexual de los hombres como forma de mantener la estabilidad del trabajo, por ello, el erotismo implica una forma de violencia original: la transgresión de las normas de orden social. El erotismo sería lo que separa a los hombres del resto de los animales, el buscar un placer intrínseco al momento sexual, no simplemente el objetivo de la reproducción, sino una trascendencia más allá de lo físico, más espiritual y psicológica, que se cumple en el éxtasis: la continuidad de dos seres discontinuos¹. La reproducción lleva inevitablemente a la muerte y discontinuidad de los seres, pero pone en juego el pasaje a la continuidad. Al mismo tiempo, mantiene la transgresión de la norma como condición: no ignora el límite, sino que se recrea en transgredirlo.

La teoría de Bataille supone a la sexualidad del sujeto como un espectro cerrado de dicotomías: continuo-dicontinuo, impulso de muerte o de vida, límite y transgresión. Da una explicación y lugar a todos los detalles y expresiones de la vida sexual, encasillándolos en grupos no tan claramente lógicos y bastante arbitrarios. La sexualidad se convierte no en unión, sino en otro aspecto biológico objetivamente analizable y más aún, predecible.

Sin embargo, un aspecto es rescatable de su teoría: la consideración de la desnudez como opuesta al estado cerrado, que abre el cuerpo a la comunicación, pero que no es una búsqueda de continuidad cómo considera Bataille, sino una tendencia a la apertura, y, en último caso, a la disolución colectiva: la orgía.

La orgía es, para Baudrillard, el momento moderno de la liberación en todos los campos, la explosión de los signos del erotismo en el cuerpo. La orgía es el gran espacio de exorcismo

¹ “El erotismo del hombre difiere de la sexualidad animal precisamente en que moviliza la vida interior. El erotismo es lo que en la conciencia del hombre pone en cuestión al ser” Bataille, Georges. *El erotismo* (1957). Barcelona: Tusquets Editores, 2005, p.14

del ser, llevado al límite por la exageración de su deseo. Se libera completamente de la prohibición, constituye la utopía realizada que prolifera lo sexual hasta que se infiltra en todos los cuerpos y en todos los ámbitos de lo social, haciéndolo circular, hasta que eventualmente difumina lo que toca. Las diferentes identidades, signos y multiplicación de los placeres inundados por el nuevo aspecto de lo sexual liberado terminan por indeterminarse, por perder su forma y sus límites y confundirse, confundiendo también, por consiguiente, a los sujetos². Al perder los límites, entonces, se perdería la carencia que es condición para el deseo y éste, por tanto, desaparecería.

Pero la condición para la existencia del deseo es la no realización del placer que es su objetivo, o, al menos, esa es la concepción moderna que centra su preocupación ya no en la obtención del placer, sino en la intransitividad del deseo. Si la orgía es proliferación del deseo en su comunicación recíproca entre los seres, entonces no puede agotarse, aunque se confunda, porque es la misma tendencia a la indeterminación la que la constituye, la tendencia a un momento de unión que confunde los cuerpos pero no destruye los límites: sociales, porque no existen, ni corporales, porque depende del choque entre las pieles. La orgía no libera el sexo para infiltrarlo hacia los ámbitos sociales, porque lo sexual ya está ahí, sólo descubre su presencia, no como una masa informe que ahoga lo social, sino como una fuerza dinámica que lo constituye y lo guía, un impulso en movimiento que no sobrecoge al sujeto sino que le permite acción.

Cambiando la perspectiva sobre la prohibición, el poder represor sobre el cuerpo, en lugar de sujetarlo, abre la posibilidad de resistencia intrínseca al sujeto, que se da a través del deseo o el placer. Para Foucault, las relaciones de poder son juegos estratégicos, intentos de dominio que producen estrategias de gobierno, en un sentido amplio que abarca tanto la vida personal como la social. Busca alejarse de la totalización negativa de pensar que cualquier resistencia termina siendo cooptada y absorbida por el sistema: a través del dominio propio, el sujeto sería capaz de alcanzar la libertad, no separándose de todo sistema de poder, lo que sería imposible, pero separando el poder de la verdad de las formas

² “La fase de la liberación del sexo es también la de su indeterminación. Ya no hay carencia, ya no hay prohibición, ya no hay límite: es la pérdida total de cualquier principio referencial. La razón económica no se sostiene más que con la penuria, se volatiliza con la realización de su objetivo, que es la abolición del espectro de la penuria. El deseo no se sostiene tampoco más que con la carencia” Baudrillard, Jean. *De la seducción*. (1986) Madrid: Cátedra. 2001, p.7.

de hegemonía que lo encierran. La preocupación por uno mismo, la capacidad de transformación y dominación propias aseguraría la realización de la propia vida. No la identidad, que sería una herramienta de la opresión dicotómica, sino el conocimiento de uno mismo en términos de higiene del cuerpo y la mente. El sujeto debe legislar sobre sí mismo, a través del placer. El deseo le parece a Foucault una noción demasiado contaminada por los discursos, que se mantiene dentro del cuerpo, y dentro del sistema binario de la sociedad opresora que ofrece la sexualidad como algo puramente genital, una noción que, aunque reinterpretada, se mantiene basada en el sexo-deseo. Mientras que el placer se encuentra fuera, al borde del sujeto, una noción no atribuible a posición ni forma fija, que se escabulle constantemente, y está menos colonizada por un saber³. El placer no es anormal ni determinante, no puede ser usado (como el deseo) como herramienta o criterio de evaluación, tan sólo sucede, es perceptible y reconocible por todos los sujetos aunque no pueda ser descrito. Considera que, en lugar de buscar una liberación del deseo, la resistencia del sujeto debe buscar nuevas técnicas para producir nuevos placeres.

Deleuze, en cambio, rescata la noción de deseo como algo productivo, que es interrumpido eventualmente por la descarga del placer. El deseo no es índice de carencia sino capacidad de transformación⁴, el deseo actúa como un flujo productor de intensidades propias, y por tanto, de posibilidades que no dependen de un objetivo. Es, al igual que el placer en la consideración foucaultiana, intransitivo.

El deseo es una potencia existente en el cuerpo que abarca más allá de su sexualidad, que es anterior a ésta. Se aleja del Eros porque se constituye antes de cualquier impulso primario o consciencia de identidad del sujeto⁵. Se construye como espectáculo, como transgresión que se mantiene en el límite sin cruzarlo jamás, como represión permanente que tiende a la liberación, y por eso atrae la mirada sobre sí mismo. Aún cuando supera el límite de la norma o del poder, es el límite de la propia piel el que mantiene su

³“Foucault privilegia la noción de placer porque la encuentra menos marcada por los discursos históricos, más abierta, que la noción de deseo” Echavarren, Roberto. “El placer y el deseo: Michel Foucault y Gilles Deleuze”. *Fuera de género*. Montevideo: La Flauta Mágica, 2013. p. 165.

⁴ Aspecto que destaca, en su lectura, Echavarren.

⁵ Así lo enuncia Guattari “El deseo, a diferencia del Eros, no está ligado al cuerpo, a la persona y a la ley, no está vinculado con la vergüenza del cuerpo, con el órgano escondido (...) el deseo se determina antes de la cristalización del cuerpo y de los órganos, antes de la división de los sexos, antes de la ruptura entre el yo familiarizado y el campo social (...) no es sexual, es transexual”. En “Más allá del significante”. *Erotismo y destrucción*. Trad. Augusto M.Torres y Belén Díaz. Madrid: Fundamentos, 1998, p. 92.

supervivencia, y que permite su proyección hacia afuera, hacia otros cuerpos que se vuelven reflejo y objeto de propio deseo, tendencia a la comunicación y atracción hacia el choque con la propia superficie. De la misma forma en que el deseo no se determina a sí mismo, tampoco exige determinación en el otro cuerpo, por lo que en el reside la capacidad de exploración desprejuiciada que, en último caso, lograría la comunicación y unión general.

La “máquina binaria” dicotomiza a los sujetos, estableciéndolos en una identidad que excluye a su opuesto, y excluyendo la contradicción, dando sólo dos opciones válidas (hombre o mujer). El devenir del deseo, entretanto, contrarresta estos efectos, no estableciendo nuevas categorías para los “casos especiales” o formas derivadas, que siguen siendo parte de la máquina, sino que traza flujos que mueven los polos, fugándose de las formas establecidas para impulsar nuevos caminos. El deseo es un conjunto de prácticas, un impulso de carga positiva que rebasa lo humano.

La apertura a las posibilidades del deseo alejaría a los sujetos de dos vicios sobre las relaciones: la idea burguesa del amor romántico y el sadismo. Lejos ya de la antigua idea del amor cortés, en donde las relaciones entre los sujetos se basaban en una serie de pasos preestablecidos y en el reconocimiento social, la relación amorosa actual considera al otro como un objeto, producto de la ideología burguesa que cosifica los elementos de la sociedad para trabajar con ellos. Es el “objeto” amado, no el sujeto, la pertenencia es la clave para la relación. Se considera al mundo de las relaciones como un espacio competitivo y, por tanto, lo importante es ganar un premio mayor al de los demás. El objeto de deseo debe pasar a ser una más de las posesiones, para uso exclusivo del amante⁶. En este orden de cosas, por supuesto, no hay comunicación, como no la habría entre un sujeto burgués y cualquier objeto inanimado que le pertenezca. Pero la sociedad construye una relación imaginaria que justifica esta concepción, les da un lugar y una categorización a estas parejas sujeto-objeto (y viceversa, porque el sujeto cosificado también cree poseer al otro), y les impone una serie de reglas de orden social, entre ellas la fidelidad física, y pasos a seguir (matrimonio, vivienda compartida, etc) que ya no actúan como el rito de

⁶ “El objeto de amor siempre deberá ser un objeto exclusivo que forme parte del sistema de la propiedad privada; la ecuación fundamental es gozar =poseer” Guattari, *Ibid.*, p.83.

reconocimiento, sino que son posteriores al hecho, sólo otra forma esquematizada de comportamiento.

La conexión entre los sujetos, por supuesto, no produce: el amante se limita a proyectar su deseo sobre el otro, y a exigir una efímera realización de éste en el cuerpo del objeto amado. La proyección sublimada de los propios deseos puede llegar hasta el extremo de la destrucción física, o del impulso de violencia sobre el otro, que no es más que el reflejo de uno mismo⁷. El deseo sexual, unido al Eros, que contiene la consciencia de la transgresión y el impulso de muerte en sí mismo, lleva al sujeto a constituirse en un voyeur, que se recrea en su propia mirada sobre el otro. La pasión exacerbada que produce el deseo supuestamente prohibido culmina en fantasías de agresión, más elevadas mientras más grande es la sensación de “pecado”, que equiparan el sufrimiento agónico, el suicidio y la muerte a un placer demasiado intenso para sobrevivir a él.

Impuesto por la sociedad, el sexo se encasilla en múltiples normas que lo ordenan, entre ellas, la categorización de los géneros, que es necesaria para la perduración de la especie, pero que, en manos del poder (sea éste del tipo que sea), estrangula el deseo original del cuerpo hasta amoldarlo a una forma antinatural, constituida a posteriori. Nuevamente, las dicotomías que encierran el espectro del deseo en casillas arbitrarias: lo masculino vs lo femenino, lo activo vs lo pasivo, el poder vs el sometimiento. Oponerse a la restricción del deseo es oponerse también a una identidad genérica opresora y generalizante, a una norma que intenta actuar más allá de lo social y restringe la libertad propia del individuo, su identidad o su búsqueda de ésta. La imagen del ser andrógino o hermafrodita es la predilecta porque revela el ser no determinado, el origen.

El deseo es libre porque es anterior a toda norma y determinación, y por ello ya no puede ser considerado como necesariamente sujeto a un límite que transgredir, o como una necesidad que satisfacer para llegar a un objetivo superior. La misma idea de su liberación es ilógica, pues el deseo no está sujeto a nada. Es más como una posibilidad que el sujeto debe aprender a manejar, o más bien, a dejarse manejar por él, a investigar para generar

⁷ “Todos los sentidos del poseedor- espectador son reducidos al único sentido de *tener*: un tener no simbólico sino real, en cuanto incorpóreo y visionario. El *tener* se identifica con el *ver*, y *ver* es lo mismo que *verse*. En este estado narcisista, del que se ha retirado todo objeto, se especifica y se pervierte la actividad práctico-sensible del hombre” Bonfiglioli, Piero. “Invitación al discurso teórico”, *Ibid.*, p.21

nuevas posibilidades. El deseo es una fuerza vital del individuo, forma parte de su estructura natural. La imagen de la especie humana suele asociarse a la inteligencia, a la capacidad cerebral superior como aquello que lo aleja de la pura animalidad. Pero incluso el cerebro está conformado por células sensibles. La idea de la sabiduría suprema como renuncia al deseo es inhumana, cierra las posibilidades de expresión del ser humano y lo sujeta a una idea abstracta de sí mismo que no le corresponde⁸.

El sujeto es esencialmente un ser de deseo, y su vida entera se desarrolla a través de éste. Un ejemplo obvio es el efecto que produce la propaganda sobre los sujetos, que les infunde un deseo inútil para inducirlos a comprar algo de lo que sienten una falsa necesidad. En esta estrategia se incluye también la comercialización del sexo, el erotismo llevado a la pantalla (la visión actuando como la principal fuente de percepción para el deseo). Frente a esto, se refuerza la idea de renunciar a los “impulsos animales” para conseguir el ascetismo y la moral que propone la intelectualidad clásica. Pero esta imagen niega y olvida, por desconocimiento o miedo, el impulso de pasión, y de violencia, que mueve al ser humano en su esencia. Más que el pensamiento, la condición de existencia es el deseo, e incluso la inteligencia está a su servicio.

Apropiarse de esta nueva idea es también abrir las posibilidades de una nueva creación de imágenes sobre el individuo y sobre su deseo, una fuente inagotable de opciones de comportamiento, de escritura, de comunicación. El deseo es algo que surge desde el sujeto y es parte de todas sus relaciones sociales, por lo que existe dentro y fuera de él, y a través de él. Es necesario no pensar al sujeto como algo que existe porque piensa, y porque se piensa a sí mismo, sino como un cuerpo en movimiento que vive porque desea. Las actividades biológicas constituyen al cuerpo, pero son sus actividades afectivas, sus intereses y relaciones las que lo constituyen como individuo, y son las proyecciones espirituales, la consciencia del valor propio y autónomo lo que lo convierte en persona, pero este proceso sólo tiene lugar cuando se entiende al impulso esencial del deseo como algo natural, moral.⁹

⁸ Joannes, Vittorino. “Conciencia del eros e imagen de hombre. Una aportación teológica” *Ibíd.*, p. 175.

⁹ *Ibíd.*, p.180.

Una vez que se produce la consciencia sobre el deseo, el individuo es capaz de distinguir entre los deseos falsos o vicios que abundan en la sociedad, que se le ofrecen como sustitutos a la realización de los impulsos reales, y hacer uso de su propio instinto como herramienta para combatir el poder opresor, homogeneizante. Una vez que el individuo tiene consciencia de sus propios impulsos, la comunicación a través de las relaciones se vuelve una necesidad.

La misma violencia sobre el cuerpo, cuando está matizada por el deseo, se vuelve comunicación productiva, pues el propio cuerpo extiende las aberturas y los pliegues que son vías de entrada y de salida para la exploración del deseo. La penetración sigue siendo violenta, pero es una violencia anticipada, prevista por el cuerpo que se ofrece como una textura infinitamente porosa a su proliferación.

La escritura misma, como ejercicio de este deseo, es también violencia, y es también posibilidad infinita. Desde los escritos de la antigüedad, que consideraban los impulsos sexuales humanos como una faceta natural y, por tanto, se detenían en éstos, hasta la imposición puritana establecida por la religión, que inventó el pudor y con él las palabras obscenas que antes no eran tales, la escritura sobre el cuerpo ha sido siempre algo intrínsecamente ligado al ser humano, como un cuerpo en sí misma. Diferente al cuerpo físico humano (regido por una lógica y un orden), y, por ello, más cercana al cuerpo palpable pero no físico del deseo. El texto es también una superficie porosa de múltiples aperturas y aberturas, que prevé y permite la violencia sobre sí, y que además la propone, no como una cualidad agregada, sino como liberación propia: la escritura reniega de toda pertenencia y autoridad para existir por sí misma, sin terminar jamás de significar y sin fijarse. Y se entreteje permanentemente con escrituras simultáneas, anteriores y posteriores, que la conforman pero no la pierden.

Dentro de este orden, ¿qué rol cumple la relación amorosa? Aún lejos de las imposiciones sociales sobre las relaciones, de la proyección ciega y el voyeurismo del deseo egoísta, el deseo sobre otros cuerpos sigue existiendo. Si fuese como cualquier otro impulso físico, se agotaría en el momento de la consumación sexual, pero el deseo amoroso tiene la particularidad de permanecer, como una tendencia hacia otro sujeto. No puede depender de

aspectos meramente psicológicos o de otro ámbito, puesto que todos están al servicio del deseo, y el sujeto experimenta esta tendencia como un impulso, como una necesidad.

La relación con el objeto amoroso es descrita de diferentes formas: como un abismarse, sucumbir a un poder superior; como dolor, angustia, ternura, impresión ante la belleza, sufrimiento de los celos, satisfacción momentánea, frustración. En todas sus formas, el sentimiento amoroso tiende a una unión que sería final, a un fundirse con el otro, volverse uno solo y, por tanto, detener para siempre el flujo del deseo. Visto de esta forma, se opondría a la idea de comunicación universal, pues coartaría la libertad del sujeto para comunicarse con otros, y buscaría un objetivo, un momento de placer que interrumpa el deseo, que lo agota.

Esta idea de la relación romántica se mantiene aún en la dinámica burguesa de posesión porque busca agotar al otro en uno mismo, unirlo al propio cuerpo. Todas las expresiones que aluden a la necesidad de una pareja única manejan el concepto del otro como carencia, como parte del sujeto que le falta, pero que, una vez obtenida, lo haría completo. Pero la dinámica del deseo no considera al sujeto como incompleto en sí mismo, no admite la posibilidad de “terminarlo”. La necesidad del deseo es constante, y parte desde un sujeto autosuficiente. Busca el contacto con el otro, pero no la aprehensión de elementos que falten al propio ser, sino sólo el intercambio del flujo, la relación en el tacto. Los cuerpos deben unirse y confundirse, pero no perderse. No pueden “volverse uno” y separarse del resto, porque forman parte de un todo del que no es posible apartarse. El espectro de las relaciones de deseo mantiene siempre sus aperturas, aunque el sujeto pueda ignorarlas.

De esta forma, en la búsqueda de la unión, tanto como en la satisfacción del propio deseo, atenerse a un solo cuerpo sería cerrar las puertas al flujo de deseo, imponerle límites inexistentes, volver a intentar supeditarlos a una lógica que debe estar por debajo de él. Y esto se produce sólo como intento, porque incluso cuando se logra, la unión de la relación amorosa es siempre inestable.

No se trata sólo de posibilidades sexuales: enfocar el flujo del deseo hacia una sola persona impide también la circulación del deseo en las relaciones con otros sujetos, relaciones que

siguen produciéndose naturalmente en el entorno. Como en toda estructura dinámica, al faltar una de las piezas la relación se establece de forma incorrecta, o directamente falla.

La pregunta es si esta forma de relación dual es sólo producto de la imposición del orden social, instaurada inconscientemente en los sujetos, o si es algo más. Puesto que si fuese solamente una faceta mental, no podría pasar al nivel del deseo, es evidente que forma parte del flujo de éste. Pero, al mismo tiempo, es también evidente que el deseo no puede ser unidireccional. Asumiendo que es sólo una dentro de las opciones de relación en la sociedad, cabe preguntarse si es posible la comunicación aún a través de esta vía, si efectivamente coarta la libertad del deseo hacia otros ámbitos o si permite su flujo, y, aún más importante, si permite efectivamente la comunicación entre los dos sujetos involucrados. Al mismo tiempo, la relación no-dual, la búsqueda del deseo en el encuentro con varios cuerpos, simultáneamente o no, debiese permitir la comunicación, pero aún cuando el sujeto logra detectar su deseo y actuar, una mínima incompreensión o un desfase entre los sujetos puede volver el acto, nuevamente, en genitalidad estéril.

Una relación dual obliga al sujeto a mantener un rol, y es ahí donde reside otro de sus aspectos que se contradice con la indeterminación inherente al deseo. Todas las relaciones sociales implican roles, pero son roles intercambiables y momentáneos. En cambio, una relación dual estable implica una categorización permanente, en un género, en una identidad y en una obligación hacia el otro que va más allá de lo interpersonal, porque impone sobre la configuración propia del sujeto. Al mismo tiempo, separa al otro de sí, lo diferencia para tender hacia él: el otro es diferente a mí por ciertos aspectos, pudiendo ser complementario. El otro tiene aquello que yo necesito, y por eso debo llegar hacia él. Y establece pasos, facetas en la relación, según la mayor o menor cercanía a ese objetivo que es la unión.

Pero el deseo, que no tiene objetivo, considera a todos los sujetos al mismo nivel. El otro es diferente a mí, y su diferencia tiene un valor no hacia la particularidad de uno mismo, sino hacia el todo. Necesito comunicarme con él así como con muchos otros, porque de este

flujo depende la existencia misma del ser humano, y por tanto, de mí. Yo no soy ellos ni ellos son parte mía, pero somos parte del mismo conjunto, imbricados unos en los otros¹⁰.

¹⁰ “¿Qué tengo que hacer con una relación limitada? Me hace sufrir. Sin suda, si se me pregunta: "¿Adonde llegaste con X...?", yo debo responder: ahora exploro nuestros límites; como Gribouille, tomo la delantera, circunscribo nuestro territorio común. Pero aquello con lo que sueño son todos los otros en uno solo; porque si yo reuniese a X..., Y... y Z..., con todos esos puntos, ahora constelados, formaría yo una figura perfecta, mi otro habría nacido.” Barthes, Roland. *Fragments de un discurso amoroso* (1977). Trad. Eduardo Molina. Ciudad de México: Siglo Veintiuno, 1993 p.184.

Sea

Suponiendo al erotismo como la vía final de comunicación y a la orgía como el momento de verdadera unión con el resto, si es el encuentro sexual la forma de sociabilidad actual, y si todo ámbito de la vida humana, todo discurso y escritura, y toda relación humana pasa por el impulso erótico, cabe preguntarse por el lugar de la relación dual, por el lugar del romance entre sólo dos cuerpos, imbuidos en esa masa amorfa y pansexual que es la comunidad. Si la potencia para la transformación de la sexualidad reside en el deseo, y el deseo expande los horizontes hacia la trascendencia de todos los límites, ¿cómo puede mantenerse el sujeto amado como un (único, unidireccional) objeto de deseo? ¿Tiene lugar el romance en la orgía? ¿Tiene lugar la orgía en la pareja? ¿Sucede la trascendencia, la unión universal en el encuentro sexual? ¿Sucede en el romance?

Una sexualidad que juega a las escondidas, que se oculta tras el velo de las palabras, mostrándose en su falso intento por ocultar lo que se sabe normal, porque lo oculto da un sabor distinto. Esa puede ser sexualidad cruda, pero sin energía, eros y transgresión y una historia vieja y aburrida sin color. El erotismo debiera ser deseo, tendencia, un afán que no se apaga porque se escurre, se escapa entre las líneas y se desborda y atrapa cuerpos, pieles y más cuerpos. Erotismo como encuentro, podría ser, tocando aquí, allá, más allá, ese lado oculto dentro del pantalón, la falda o las piernas, que no muestro pero que siento arder cuando lo nombro, cuando lo nombra la escritura de alguien más y lo tocan mis ojos como saboreándolo. El espacio donde los sujetos se confunden y deja de existir un tú, un yo y un ellos, y todo es nosotros, o más aún, todo es yo pero no me pertenezco a mí mismo (¿a mí misma?) porque soy algo más allá de lo que pueden encerrar las palabras.

Que el deseo sea poder en manos del sujeto, que sea inconsciencia y no sólo físico, no sólo elegir cuándo y con quién aunque no deje de ser todas las anteriores. Que el erotismo comience desde el propio cuerpo, y aunque tienda hacia afuera acoja los límites de la piel, porque es en el límite en donde todo se toca, y todo pasa a través del tocar. Que el poder del deseo no signifique dominio sobre el propio cuerpo ni sobre los otros, sino una comunicación infinita que prolifere sin distinciones, que sea anterior al sujeto mismo, un

libertador que no pregunte opiniones.¹¹ Que el deseo sea la posibilidad infinita de crear y re-crear el espacio del encuentro sexual, social y personal, la masturbación constante en el camino que lleva al éxtasis pero no a un objetivo. Que el deseo lleve a la superficie el plano de lo sexual y cruce de una vez la inexistente línea divisoria. Que el deseo, también, te lleve hacia el amado (o los amantes), que te guíe, enamorado, si eso que dices sentir es algo más que tu impulso físico, diferente pero parte de él.

¿Es amor lo que une a los cuerpos dispersos? ¿Es amor el móvil del deseo? ¿Es amor el erotismo? ¿Es amor romántico, fraternal, universal, existen siquiera distintos tipos de amor? ¿No somos todos parte de la misma orgía sin rostros? ¿Acaso no es patético pensar el romance en la vía que pugna, que lucha por consumir el deseo inacabable, inamovible, la herida que sangra y sangra y sangra...? Y que no se acabe porque no hay más allá, no seas tonto, el placer no existe, sólo hay deseo, ¿No sientes el amor del prójimo circular por tus venas en el momento del éxtasis? ¿No es ese el tipo de amor que buscas?

Atar a alguien a tu muñeca, colgando su vida de la tuya en la amenaza de tu muerte cuando te falte, eso es drama de folletín, eso es ilusión romántica y posesión¹², es burguesía y capitalismo entrando una vez más por la única vía que pensaste que podía liberarte. No te reprimas, hay otros como nosotros y hay mucho más que no ves, no te ciegues porque hay millones de pliegues entre las sábanas donde puedes perderte y encontrarte y quizá sentirte completo en ese instante que es lo único que tenemos, como dice Parra, ese futuro que no llega nunca, levanta la copa. ¿No es egoísmo querer atarse? ¿No es egoísmo querer sujetarse en el lugar de la indeterminación, querer definirse en el lugar de la comunión? Pero el ser humano es egoísta y se amarra a los nombres, a lo conocido, para adentrarse apenas, para sumergir la punta del pie en el agua fría de lo oculto y sentirse suficientemente osado para volver relatando hazañas. Pero nosotros, nosotros que navegamos a la deriva, y aunque hemos chocado innumerables veces con las orillas, no conocemos el río; nosotros también nos amarramos a los rostros, con la Señora Muerte pisándonos los talones, para

¹¹ Así lo enuncia Guattari: “El deseo se determina antes de la cristalización del cuerpo y de los órganos, antes de la división de los sexos, antes de la ruptura entre el yo familiarizado y el campo social.” Guattari, Félix. “Más allá del significante”. *Erotismo y destrucción*. Trad. Augusto M.Torres y Belén Díaz. Madrid: Fundamentos, 1998. p. 92.

¹² La ideología económica burguesa llega hasta el pensamiento romántico: “El objeto de amor siempre deberá ser un objeto exclusivo que forme parte del sistema de la propiedad privada; la ecuación fundamental es gozar =poseer” Guattari, Félix. *Ibid.* p. 83.

sujetar recuerdos o lugares o algo, lo que sea, antes de que la corriente nos arrastre de vuelta.

Y ¿se puede desear el deseo personificado? ¿Se puede vivir el encuentro efímero, el roce a la deriva de una mano sin dueño? ¿Hay algo que no pueda ser, cuando hablamos de deseo? Si puedo liberarme del peso del placer y sumergirme, y encontrarme con otros y sentir, el deseo está procreando. Pero en el movimiento perpetuo del encuentro puedo sentirme abandonada (¿abandonado, solo en la multitud de la ciudad?), perdida entre la masa de los cuerpos, y si me ahogo perdiendo el rostro, ¿no puedo desear mantenerme en mí, encontrarme en otro? (Otro *desear*, más cercano del miedo que del placer, sublime). ¿Puedo llevar mi deseo hacia un solo cuerpo, sin cerrarlo, sin negarlo? (Porque el deseo no se cierra ni se abre, ni se toca, sólo toca, y toca sentirlo). ¿No es el amor romántico una negación de la posibilidad de comunicación, de la posible continuidad? No la continuidad de Bataille, el más allá que no existe, sino la continuidad infinita, inagotable, ¿circular?, del cuerpo erotizado hasta el extremo, *en* el extremo. Pero *algo* debe haber para que busquemos, yo entre las páginas y las líneas, ellos, *ellas*, entre los miles de nombres, ése que se enlaza con el propio, jugando al tira y afloja con la cadena. El romance es un hilo más en la madeja. Tu impulso, enamorado, existe, *es* en su misma sensación aunque no podamos darle forma.

La máscara

Voy a empezar contigo, Manuela¹³, digna habitante del infierno, encerrada entre cuatro paredes y dos mujeres (la muerta y su producto vivo, ese producto tuyo, también), hundida en una casa oscura y semivacía. Tú eres el show permanente, el resultado bruto, grotesco, *así tal cual*, de la puesta en escena sobre el rostro expuesto a la luz del día, el encuentro de esos dos seres que llamamos géneros, la descripción en carne y hueso de eso que nombraron travestismo, (¿tras-vestismo? ¿*trans-vestismo*?), cuando, *horror y sacrilegio*, pasó de ser un inocente juego de niñas a ser un juego de hombres, y *tras*, como si intentaras ocultarte en tu vestido rojo de española cuando lo que en verdad buscas es lucirte, enfundar el cuerpo delgado (fino, fino como el de una niña que ni pechos tiene aún, botón de rosa) en la tela elegante para girar sobre los talones y sorprender a tu público, enardecerlo hasta perder los papeles, atraerlos hacia ti fingiendo buscar el misterio tras el maquillaje, como si hubiera una máscara que te ocultara¹⁴, como si no fuera lo suficientemente obvio, como si toda tu gracia no se basara en ese mismo detalle de tu ser dos al mismo tiempo. La imposibilidad de los caminos se cruzan en ti, Manuela, porque para ser lo que pretendemos y armar la sociedad tenemos que ponernos en parejas, los animales que suben de dos en dos. No podemos ser todos bisexuales, ¿*Podemos no ser todos bisexuales?* ¿Dejamos acaso de ser sexuales?

Tú no escondes nada tras tu máscara, niña, porque no tienes máscara, sólo tu cara muriendo de aburrimiento en un pueblo que se vuela con la tierra de los caminos, que se hunde en el barro de las calles, que se deshilacha como los ruedos de tu falda. Tú denegaste lo que parece obvio, las palabras te ayudaron, pusiste una “a” al final de tu nombre como se agrega una cinta a la cola de un vestido, como el toque final que adorna y (de)termina. Y no hubo más Manuel ni necesidad de ocultarlo, porque sus facciones de hombre perdido y la carne sobrante podían estar ahí, pero el hombre no estaba, nunca lo estuvo, sólo existió un segundo como una ilusión a través de un vidrio, con las luces encendidas y un derrame

¹³ Donoso, José. *El lugar sin límites*.(1966) Barcelona: Bruguera, 1984.

¹⁴ “La máscara nos hace creer que hay una profundidad, pero lo que ésta enmascara es ella misma: la máscara simula la disimulación para disimular que no es más que simulación” Baudry, Jean-Louis. “Escritura, ficción, ideología” *Unión*, Año 10, N°3 (septiembre, 1971), pp. 113-130.

inoportuno, solo existía como permanente recuerdo de una apuesta en la voz de la Japonesita llamándote “papá, papá”. “Papá” en vez de “Mamá”, ¡qué locura, niña!

La verdadera máscara tiene un símbolo común, uno que cuelga de las puertas de todos los baños públicos, dos dibujitos de apariencia inocente si no fuese por ese triángulo pequeño que simula el vestido. Bajo esos dos simples dibujos se te impone una vida entera, una forma de actuar y de vestirse, una forma de hablar y de comer, de reír, de caminar, de jugar, múltiples *sí* para un lado y *no* para el otro, dos caras de la misma moneda, te dicen, o mejor, dos imanes, completamente opuestos, que se atraen. La metáfora perfecta, porque, claro está, los iguales se repelen, y los géneros son como fichas de rompecabezas, encajando a la perfección, y cómo va a ser de otra forma si así no encajan, no producen, no *son*. Pero la máscara cala más hondo y más primitivo, se la ponen desde el comienzo a los bebés, antes del primer pañal, antes de que sepas siquiera lo que es la atracción. (Y vamos a asumir que hay un momento en que no se sabe, porque, y volvemos, ¿dejamos acaso, alguna vez, de ser sexuales? Pero si la consciencia sobre el propio cuerpo es requisito para el deseo, entonces supondremos que existe ese momento, ínfimo quizás, en que aún no hay deseo, porque apenas se respira, porque no se sabe lo que es, porque, en último caso, apenas se están descubriendo los sentidos). La garra del género es quizá más fuerte que la del sexo, porque no impone y proscribire sobre aquello que puede o no gustarte, sino sobre aquello que eres. Sobre el cuerpo antes de la acción.

Y la creencia popular (esa masa amorfa, inmaterial y brumosa de la que decimos sacar ideas, a la que culpamos por aquello que no queremos pensar que viene de nuestra propia mente) reza que aquellas como tú, Manuela, con tus juegos de tapar y destapar, corrompen ese orden dual que rige el mundo. Que cruzan la línea, que mantienen un pie a cada lado, criaturas obscenas y degeneradas, mezclando elementos de una cara y de la otra, amalgamando dos imanes en uno (que, mira tú, quizás por eso no se pega a ninguna parte, porque no es positivo ni negativo). Tú que *trans*-tocas todo, atravesando espacios, invirtiendo órdenes, volcando una pintura en la otra, intercambiando las “a” por las “o”, y viceversa. Vaya poder ese que te atribuyen, como si fueses ahora el hada del cuento, con la capacidad increíble de tocar todo con la varita y ¡pum!, *trans*-formarlo en su contrario, voltearlo, meter un hombre en una mujer, volver pasivo lo activo, volver el repudio en

deseo, el mundo al revés hecho por ti, la maga. Y qué más quisieras, como sueña cualquier niño (¿O niña? ¿Y niña?) con tener poderes, con cambiar el mundo a voluntad. ¿Y cómo vas a cambiar algo tú? ¿No son los hombres los de la acción, no son ellos los que mueven la historia? ¿No es tu rol sentarte a esperar y tejer?

Puedes intentarlo, sin embargo, y es ahí donde reside todo tu poder, en el tratar. Matrioshka rudimentaria, te metes dentro de otro cuerpo y otro vestido, capas y capas de cebollas, para esconder qué, el hombre que no quieres ser, tras la mujer que no logras, y ésta tras la imagen de mujer que quieres dar, y ésta tras la personalidad que atrae más clientes, y así. E incluso pareces sorprendida cuando alguien logra abrir los juguetes y encontrar el interior¹⁵, cuando alguien repara en eso que está ahí guardado, porque no lo tienes, no lo quieres, caca, caca, bótelo mijito. Y piensas que atraes a los hombres, a los machos esos, resguardando su hombría bajo el acto dominador (la violencia es la clave, el que penetra es el que manda), por lo que hay de mujer en ti, el encuentro final entre los dos imanes perfectos, estereotipados, la cerradura ideal para la llave recta, rectísima, y que ironía más grande, de nuevo, como si no fueran obvios los bigotes bajo la base y el colorete, como si engañaras a alguien, tú, muñeca mal vestida. También ellos buscan la muñeca más oculta, dentro de las otras, también ellos están travestidos, o enmascarados, que es peor, también ellos esconden sus pasiones dentro de muñecas y muñecas, como esas que nos quitaron de las manos cuando niños.

No hay ocultar, no hay disfraz perfecto, no hay modelo de belleza publicitaria tras la que aparezca, de pronto, cuando nadie lo espera, el pene delator. Sólo somos tú y nosotras, las de siempre, jugando con los vestidos de nuestras madres desde hace décadas, nosotras niñas eternas, colgándole la “a” a todo como se cuelgan los adornos de Navidad, colgándonos boas de plumas al cuello y carteras sobre el brazo, como si las necesitáramos, jugando a acercarnos a la perfección inexistente de la apariencia completamente femenina. ¿Y qué es lo femenino? Si ya lo hemos mezclado todo, si las ligas y los sostenes de encaje se revuelven con los *blue-jeans* y las camisetas de polo cuando todo cae al suelo, cuando nos quitaríamos hasta la piel si pudiéramos, en ese momento de olvidarlo todo y serlo todo, ese

¹⁵ Severo Sarduy postula la narración de *El lugar sin límites* como una sucesión de inversiones, unas dentro de otras, siguiendo la metáfora de la muñeca rusa, en: *Escritos sobre un cuerpo*, Buenos Aires: Sudamericana, 1969.

momento que, invariablemente, se nos escapa. Aquí no importa si es un cuerpo, o dos o cien, porque seguimos atrapadas, empantanadas en nuestra propia confusión, como si buscáramos algo más pero al mismo tiempo fuéramos esa princesa, floja ella, recostada y durmiendo a pata suelta, esperando que la solución llegue, como no, en forma masculina, en la forma predilecta del falo y el dinero.

La gran estafa es creernos a nosotras, luchadoras del disfraz, con la audacia para romper ese orden, nosotras que, para qué negarlo, luchamos por ser la señora perfecta, porque no pudimos o no quisimos ser el macho. O mejor aún, buscamos ser la señorita, inocente criatura sin más preocupación que esperar y querer, lista y dispuesta para arrojarse a los brazos del caballero. Nosotras sólo doblamos un poco la moneda, sólo seguimos en la inmadurez del juego, pero no somos capaces de quitarnos el modelo de la cabeza. No somos (¿aún?) el ejército libertario, sólo somos un montón de viejos disfrazados de mujer. Queda la esperanza del bisturí.

En el pecado, la penitencia

Tú, Cobra¹⁶, criada entre orgías y ungüentos, placeres y químicos, disfraces, tú que elegiste separarte de lo que te sobraba y cometer el último pecado, que pesa menos cuando ya se han cometido los otros, no puedes decir que eres libre. Tú que inmolaste tu dolor físico hasta darle forma, muriendo y renaciendo por nosotras, pecadoras, tú que cortaste los vestigios de la carne dando las últimas puntadas al disfraz perfecto, que cambiaste de piel retorciéndote en la arena y dejaste un surco sangrante, que hiciste crecer la herida hasta que te devorara por completo; tú, no fuiste libre. La orgía se acabó con la primera inyección de dolor sin anestesia, y después no hubo más revolcones en la sala olorosa a incienso y a unión, después el salón de los velos te escupió a la calle y no hubo la vida nueva prometida, sólo un segundo de belleza frente al espejo y la presión de las escamas nuevas. No fue liberación sino vergüenza, como dijo la Señora que la sentirías, y dolor intraspasable y ojos y joyas y qué más, qué más hay, si son sólo segundos de brillo bajo el reflector.

Tú quisiste llegar a la perfección absoluta, pasar del engaño a la realidad, terminar con el disfraz, o mejor dicho, coserte el disfraz para siempre, dejar de ser una mezcla, caer de un solo lado de la línea (líneas, líneas imaginarias, inexistentes, estúpidas, pero que vemos tan claramente). ¿Y es posible siquiera ese cambio? ¿Es posible cruzar de un lado a otro sin perderse en el límite, eliminar del todo lo que fuiste, borrar hasta los recuerdos, para dejar de imitar, y *ser*? ¿Es libre el ser para ser lo que sienta? ¿Y si lo es, es la transformación sobre el cuerpo la vía para conseguirlo? ¿Podemos dejar de ser amalgamas, tenemos la libertad suficiente para cambiar a voluntad, para dejar de ser camaleones de colores momentáneos, mimetizándonos apenas con el resto, para ser serpientes y dejar la piel del todo? Si eso que queremos llegar a ser está dentro de nosotras mismas, y sólo hay que sacarlo, ¿cómo separarlo de su contraparte que no es tal, de la otra cara de la moneda que no basta con esconder, porque no está del otro lado, sino dentro, tejido e imbricado, unido ineludiblemente a la masa multiforme, pansexual de nuestro deseo? ¿Podemos, acaso, no ser todos bisexuales?

¹⁶ Sarduy, Severo. *Cobra*. Buenos Aires: Sudamericana, 1973.

¿Fuiste tú el cambio total, perfecto, el resultado final del experimento milagroso? Tú, “la exuberante”¹⁷, muchacho pendenciero y maldadoso, empujado a patadas dentro de un barco para servir de carne a los científicos y a los bufarrones, doblegado por el peso de la autoridad y el falo, hasta que entendieras tu lugar pasivo, hasta que tu mente y tu cuerpo abandonaran toda idea de poder y dominación, todo aquello que remotamente pudiese recordarte al macho que creías ser, obligado a recibir las burlas, las palizas y los favores del verdadero macho y a seguir el arduo camino de la conversión, hasta volverte la esposa perfecta, la cerradura ideal, la señora de buen gusto, buen vestir y buen coger, la damita decorando el salón, convertido en ese ser inútil que es la mujer en el orden de los hombres dominantes, el escalón más bajo de la sociedad.

Tú, jovencita coqueta, mimada entre los baños de burbujas y los vestidos primorosos, obnubilada de pronto por la proliferación de adornos tan inútiles como tú, flores para una flor, acostumbrada poco a poco a la preparación del cuerpo para el futuro, para el amor¹⁸, empeñada en la enseñanza que antes te parecía odiosa y ahora te presentan retocada, para tu deleite, disfrazando (demasiados disfraces ya), tu condición de esclava en la de reina, para ser servida por los que antes te escupieron, para poner en tu mano el cetro y en las tuyas las ofrendas, para darte lo que pidieras con una media sonrisa porque tus órdenes seguían limitándose a los confines de la casa de juegos, pero tu sonreías desde tu trono y ordenabas con voz firme, muriendo de expectación en tu interior por ese momento orgiástico que se avecinaba, por esos cinco machos que para ti, para ti solita habían sido escogidos, al pie de tu letra cursiva y perfumada, besándote los tacones brillantes. Pero tú fuiste más lejos, demasiado lejos, tu apodo te pudo a ti, exuberancia en exceso. Tú elegiste el orden y los participantes de tu juego carnal, como si tuvieras poder sobre tu propio cuerpo, tú misma recreaste la escena y comenzaste el show, según tu guión prescrito. Tú misma los guiaste al interior de tu cuerpo, suspirando de placer contenido y con la cabeza perdida en imaginar el siguiente paso. ¿Sentiste acaso, las voces de tus poseedores? ¿Sentiste algo más que el simple roce de sus pieles contra la tuya, algo más que tu deseo (animal, impulso, no *El deseo*, sino sólo deseo) reflejado en sus cuerpos sudorosos, tu propia sangre enardecida corriendo por sus venas, tu propio semen bañándote el cuerpo

¹⁷ Lamborghini, Osvaldo. *Tadeys*. Buenos Aires: Mondadori, 2012.

¹⁸ “¿Cómo pasar al estado de señora sin haber sido nunca señorita?” *Ibíd*, p. 109.

amanerado? No era nada más que un espectáculo, una orgía fingida, la más triste de todas, pero cuando doblabas la espalda para poseerlos a través del aro, cuando te hundías en ellos o ellos se hundían en ti, creíste volver a tener poder, enloqueciste, trastocaste el juego en tu realidad y ya no hubo más. Entonces todo el castillo de fantasías se derrumbó, porque fuiste demasiado lejos y pasaste a ser una de nosotras, “la exuberante” (buen nombre, aunque un poco largo para la calle), pasaste de ser una señorita a ser una loca.

Eso sí es trastocar el orden, diríamos, desviarse del camino, pero de un camino ya desviado, ladrón que roba a ladrón. Tú fallaste, niña, pero hubo alguien que, aún sin tener tu iniciación experta, logró llegar más lejos que tú, porque las enseñanzas de una madre todo lo pueden. El tierno Seer, niño, hombre, puto, loca también, pero controlada (a veces), que aprendió los mismos amaneramientos y los mismos vicios que tú, para llegar a ser una señora, pero que, a diferencia de ti, se sabía dueño de un poder, cuyo cuerpo, en lugar de ser dominado, podía ser la herramienta para conseguir un lugar, un hueco en segunda fila, pero un hueco al fin, entre los poderosos, como la señora ideal, compañera y consejera, el regazo en el que apoyarse, la fina mano enguantada que da el apretón de ánimo, los labios sonrosados que susurran ideas al pasar, casualmente, implantando sus deseos en su señor: la verdadera Reina, a la derecha del trono. Así como lo eran los machos, amantes de los líderes (Obispos, Reyes), que se dejaban sodomizar y engatusar por los caprichos de sus hombres, amarrados a un momento de éxtasis carnal, efímero pero siempre repetible, así quería ser Seer, la esposa ideal protegida bajo el alero del apellido, la posición y el dinero, en el mundo de las sutilezas expresivas y las penetraciones salvajes. Y estuvo cerca de conseguirlo, pero su guía le faltó en el último minuto, mártir de su causa, y Seer quedó atrapado por los primeros brazos masculinos con relojes caros que encontró, que exprimieron su bello cuerpo cuando aún era joven y lo rechazaron después, condenándolo a las calles oscuras y los amores comprados. Tú, Seer, criado para ser la señora ideal, una loca como cualquiera de nosotras, en fin, pero más cara, terminaste en un suelo cualquiera, oculto de las luces, pagando por un cuerpo que debía rendirte honores, rogando por aquello por lo que debieron rogarte a ti. Tú, pequeña comerciante de placer, que no supiste que el que debía ahogarse era el otro, el que debía desesperarse era el otro, el que debía arrastrarse a tus pies para conseguirte. Perdiste los papeles, y en qué nos quedamos, vuelta a las calles

oscuras de donde nunca nos sacaste, ahora como un cliente, hundido, un adicto penando por un poco de pene.

El sexo actuando como llave, espacio, lucha y armamento, palabras sin decir. La unión de los cuerpos en ese momento de comunicación, quizás lejana, a larga distancia, quizás ni siquiera duradera, pero real, funcional, rápida como los mensajes modernos. Un intercambio de fluidos y palabras, concreto, claro, como una bofetada. Los hombres hablando a través del falo, remarcándote, *puto, puto*, esclavo, mantente en el suelo, no levantes la cabeza. Tu herramienta no tenía fallas, Seer, pero quizás la sobrevaloraste, quizás creíste tener más control sobre tu cuerpo del que demostraste, quizás creíste a tu aroma más atractivo, más valiosos a los ojos lujuriosos de los demás, quizás no resultaste ser la *femme fatale* que esperabas. Y aún podrías conseguir tu propio placer, aún podrías haber liberado tu cuerpo en el roce con esas otras pieles, callejeras y pobres, quizás, pero ardientes de todas formas, quizás pudiste haber transformado tu suerte y haber sido la reina de la noche, si tu rol de esposa no pesara tanto sobre tus hombros, si no tuvieras esa maldita costumbre de enrollarte alrededor del primer hombre que te abre las piernas en el momento de debilidad, si no te encandilaras con cada bufarrón que pasa, si no siguieras siendo el inocente niño de once años, descalzo y semidesnudo, buscando la entrepierna fina en la que rozar las nalgas tiernas.

Tiernas como nalgas de tadeys, ¿no era así el cumplido? Esa sociedad animal, nuestros hermanos perdidos, negados y encontrados, ese mundo oculto entre las montañas en donde el sexo es el medio y el fin de todas las interacciones sociales, esa sociedad que los monjes consideraron escandalosa, infame y obscena, condenando al fuego los escritos sobre ellos. ¿Correctas palabras latinas? ¿Obscenas traducciones en el lenguaje de La Comarca?, ese lenguaje exclusivamente relativo a lo sexual, que transformaba hasta la más pura expresión religiosa en una grosería, que volteaba y revolvía las palabras hasta su significación intrínseca, literal, erótica como toda escritura, como la propia escritura de Lamborghini, esa máquina monstruosa que se traga la tradición y la vomita en una confusión de cuerpos y narraciones, de conversaciones importantes en medio de cuadros sexuales imposibles, fantasiosos, grotescamente reales.

Animalitos inocentes, los tadeys, condenados a los ojos de los hombres por su costumbre sodomita, por su obsesión con el falo, por su parecido con las locas pasivas enamoradas del tamaño de los hombres. Pero entrar en su círculo, piensa el intelectual, no es una bajeza, no es el destierro de los condenados, sino la gema, el diamante precioso oculto en la montaña, el conocimiento secreto, divino, *visionario*. Piedritas de colores, disueltas para dilatar, para preparar el cuarto del invitado, el enorme honor hecho al humano por el Gran Tadey, que se hace penetrar por sus súbditos con la misma desenvoltura del Papa. Y el humano, atrapado en la escena mayor, es rodeado de pronto por la orgía, infinita y constante, de aquella única forma de comunicación que conocen los simios (tan cercanos a nosotros, apenas una estación evolutiva anterior, ¿o quizás posterior?), el acto sexual realizado con la naturalidad perdida por el hombre, como obligación hacia la hembra, como moneda de pago por información, para anunciar una noticia, como forma de entretención, simplemente se hace, como lo haríamos nosotros en todo momento, quizás, sin esa venda agujereada sobre los ojos que es la moral. ¿He aquí el modelo perfecto, la comunicación total a través del deseo? ¿O falta, quizás, la consciencia? Los tadeys son condenados a muerte por su misma raza, por el motivo más mínimo, asesinados lentamente por sus semejantes. Son, luego de aceptada su existencia por los simios mayores (los hombres), usados como materia prima, alimento, pieles... despojados de todo lo que tenga valor, y forzando todo a tener valor en el mercado, como cualquier otro animal. ¿Macabra metáfora del destino de la sociedad *demasiado* sexual? ¿O aliciente?.

Fantasías tenebrosas, sangrientas y eróticas, encuentros sexuales espontáneos, inesperados, el erotismo acechando desde los bordes de cada página, nosotras leyendo con el corazón en la boca, esperando a cada momento que aparezca la palabra reveladora del lapsus sexual, rastreando el origen, volviendo a la línea anterior para tratar de comprender el cambio ¿brusco? del diálogo oral al corporal, tratando de adaptar este mundo de locuras y desenfrenos a una lógica, pensando un porqué, para qué, como si hiciera falta una razón cuando el impulso se impone sobre el cuerpo. Arde, no somos libres de la fuerza animal, sobrenatural que nos lleva a hundirnos en el otro, de donde nace la raíz de todo. El deseo es anterior a nosotras, es más fuerte que nosotras, *debe serlo*, el temor es la respuesta natural a lo desconocido, y precisamente porque es desconocido deberíamos tocarlo más a menudo, no hay principio moral ni orden superior que nos impida tocarnos a nosotras mismas, y

tocar a los demás. El deseo acecha también, desde dentro, con la sonrisa adelantada del que sabe que ha ganado la batalla, el depredador que tiene rodeada a la presa. ¿Y qué derecho tenemos nosotras a criticar las fantasías eróticas, nosotras que no conocemos más que un burdo erotismo, que apenas coqueteamos con la violencia, nosotras falsas masoquistas, escapando al primer resonar del látigo? Nosotras que apenas nos conocemos, y no nos reconocemos, a veces, es ese espectáculo falso del mostrar para no mostrar, nosotras esclavas de nuestro propio egoísmo y el creernos superiores, poseedoras de la llave para el placer de los demás, cuando no es más que un negocio, apenas un intercambio que nada tiene que ver con el de los cuerpos desnudos, dos superficies que se repelen, tocándose sólo lo justo y necesario.

El hombre, envanecido por el honor que le ha hecho el simio (tonto él, creyéndose superior en su condición de exiliado, rechazado por su propia especie, sin un lugar al que pertenecer, subordinado de nuevo en la sociedad a la que ha llegado, convertido en apenas un trofeo, un objeto sin voz), el hombre atrapado en el acto interracial, comienza a pudrirse junto con el cuerpo de su huésped, muerto por el impacto. Su muerte es para los tadeys un espectáculo, una obligación del invitado que ya no es invitado, que ya es sólo un objeto, puesto sobre el altar al centro de la cueva para ser admirado, ojeado, tocado, penetrado y disputado, el objeto extraño que pasa de mano en mano, de ojo en ojo, el premio final, sólo alcanzable para aquel que demuestre ser digno. El último escalón en el orden social de los tadeys, junto a los poderosos pero ya sin ser la primera dama, sin posibilidades de susurrar deseos al oído del Rey, sin una lengua común en la que expresarse, expulsado de toda idea de comunidad, su cuerpo exacerbado en su sexualidad hasta no ser más que un agujero, abierto y expuesto para que el show continúe.

Contemplación

La violencia se vuelve erótica, o el deseo se vuelve violento, en la imagen de la dama blanca que se baña en la sangre de otros cuerpos¹⁹. Desde las mismas ilustraciones que acompañan y abren la escritura, los muros blancos como muslos abiertos y la sangre manando, fluyendo por el piso para alimentar el ansia de la dama. Todo lo que rodea a la Condesa es oscuro: el castillo, sus sirvientas, los cuerpos maltratados, las heridas, la sangre, para destacar mejor su figura impoluta, sentada en el trono, única espectadora a la vez que directora del espectáculo. Todo el mundo al interior del castillo gira alrededor de su mera existencia y sus necesidades, todas sus órdenes son acatadas, todos sus deseos cumplidos. Las sesiones se siguen unas a otras, buscando el elixir para la juventud, para mantener la belleza del cuerpo juvenil, en su momento, y luego, para recuperarlo. Pero, ¿Es solamente esto? ¿No hay un ansia más allá, una búsqueda de otro placer, un disfrute especial, único, en la contemplación de la tortura? ¿No es la búsqueda una excusa para mantenerse en este episodio, sangriento y vivo, por más tiempo?

Si tú, Condesa, hubieses rejuvenecido, si tu piel dejara de arrugarse y tus cabellos dejaran de volverse grises, si tu cuerpo se negara a seguir viviendo para no morir, entonces todo se congelaría. El castillo y sus sujetos dejarían de existir, y con ellos el único mundo al que pertenece tu figura aristócrata rodeada de pieles que se van tiñendo. No es sólo la sangre la que buscas, aunque bañes tu cuerpo en ella y experimentes el calor de otras sobre tu piel, extrayendo a borbotones la vida de tus víctimas para alimentarte de ellas, no ingiriéndola, sino sólo tocándola. Sintiendo apenas el último latir de sus corazones en la sangre que ya comienza a enfriarse. No es sólo la sangre, porque no basta con obtenerla, y los rituales, aunque aleatorios y caprichosos, tienen un sentido que tú misma le das, y, como si no la necesitaras, desperdicias la sangre valiosa en aras del espectáculo, del sufrimiento del cuerpo expresado en las facciones exquisitas de las muchachas jóvenes. El ritual te excita, pero es una excitación que se mantiene oculta bajo las ropas, latente pero atenuada por los modales de alta sociedad, hasta que ataca con demasiada fuerza y te rebajas a morder los hombros campesinos (siempre los hombros), descargando tu rabia animal en la piel lisa y tirante, presta a enrojarse, y en los gritos de dolor que te enardecen.

¹⁹ Pizarnik, Alejandra. *La condesa sangrienta*. (1965) Barcelona/Madrid: Ediciones del Zorro Rojo, con ilustraciones de Santiago Caruso, 2009.

Los gritos son un espectáculo aparte, ahogados por las paredes del castillo. En el escenario apenas iluminado, en donde las viejas y feas sirvientas, como oscuras tramoyas, apenas se mueven para ordenar el acto, sólo los gritos de dolor de las jóvenes son capaces de dar vida al ritual, convertir el momento de la muerte en una expresión, colorear la habitación con su sangre y su voz desgarrada. El dolor infringido es metódico, calculado, entregado por unas máquinas de tortura expresamente elaboradas, y elegantemente decoradas para encajar en el salón de su dueña. El momento de la muerte se alarga hasta lo infinito, como si además de bañarse en la sangre te alimentaras del aliento de vida que escapa de las bocas rosadas, absorbiéndolo poco a poco para escupirlo después.

Tu posición social te da el derecho, y, fiel a tu creencia, jamás te arrepientes ni pides perdón. Es más, jamás siquiera entiendes tu pecado. ¿Qué error puede haber en sacar provecho de vidas inferiores, ínfimas, para mantener tu corazón palpitando? ¿Qué valor pueden tener esos cuerpos, sino el de servirte y entretener tu, de otra forma, monótona vida? ¿Qué función puede tener esa sangre campesina sino la de mantener la tuya, noble, ardiendo?

Es tu estoicidad, Condesa, lo que atrae a Pizarnik, tu figura majestuosa en medio de la orgía, tu razonamiento lógico, tu indiferencia ante el sufrimiento de las jóvenes. Siempre mujeres, sólo mujeres, como si sólo ellas pudieran saciar, a intervalos, el ansia de tus dientes salvajes. Un solo marido, borrado de un plumazo en apenas dos párrafos, creyéndote siempre inocente, sin alcanzar jamás siquiera a rozar la superficie de tus impulsos, que son tu verdadera forma. Una compañera para disfrutar juntas el momento de la tortura (¿Y algo más? Nunca se supo, pero la sola tortura es un éxtasis suficiente para ser sexual, deseante), otra para indicarte un método, otras para seguir tus órdenes. Un orden enteramente de mujeres. Un mundo de contacto sin penetración, como no fueran las pinzas ardientes entrando al cuerpo a la fuerza, sujetas por la mano enguantada.

El cuadro es abominable, sangriento, alucinante, y no puede ser más que erótico. No hay disfrute de pasiones ocultas, porque no hay nada prohibido para una dama de la nobleza y así lo haces ver. Hay sutiles y delicados engaños para atraer a las damitas, cual primorosos obsequios envenenados. Su ambición las trae, pero tu ambición es siempre más fuerte y las devora.

No hay contacto de cuerpo con cuerpo, pero hay remanencia, la tibieza de la sangre y la mordida que conecta por un segundo. Tus cuadros infernales en el enorme salón son como espejos, a veces, cuando sólo miras recrear tu propio deseo en otros miles de cuerpos, en un mapa de los caminos de tu excitación, en un óleo pintado con sangre que dibuja los cuerpos que posees y penetras a través de la vista, firmado al pie con los días que te quedan. En otras ocasiones, decides seguir una ruta y te paseas, como un ama diligente que supervisa el trabajo, mostrando que si das las órdenes es porque sabes cómo se hace, manchándote tu misma las manos con los instrumentos, experimentando, buscando el grito del ultimátum que te libera, o el grito lánguido de la moribunda que aguantará otro día. Tus brazos son más cálidos que los de la dama de hierro, e infinitamente más crueles, porque sólo abrazas para clavar los dientes, en esa eterna mímica vampírica sin sentido.

Tu propia muerte viene lenta, fantasmal, vista desde lejos. Tú, que hiciste derramar tanta sangre sobre tus hombros, jamás entregas la tuya, que ya no es más que una mezcla de muchas. Te apagas como se apaga un gran fuego, más largo que el marchitar de una rosa, más largo de lo que debieras estar sin tus sirvientas y tu sangre prestada, muerta de frío entre paredes de piedra y sin más corazón que el tuyo para calentarte. Mueres como muere una historia muy vieja con tintes de leyenda, con la inocencia que no tienes grabada en los ojos, enfrentándote al fin a la vejez que tanto temías, pero sin temor, dejando una admiración culpable, una horrible sensación de fascinación, horror y belleza, una prueba de hasta dónde puede arañar la mano insensible de un deseo desenfrenado.

Bailes sin objeto

La proyección de tu deseo, infinito, toca el cuerpo frente al tuyo hasta traerte su aroma, pero no lleva el tuyo de vuelta. Tu eres, narrado sin nombre²⁰, como el ojo que todo lo ve, pero que desligado del resto del cuerpo no puede alargar la mano para tocar lo que brilla. Aún así, nuestra historia, la que leemos, se sostiene en el reflejo de tu memoria, en lo que viste y narras mientras lo vas pensando, sin órdenes ni corsés que amolden algo que de todas formas es errático.

Pero tu historia no es tuya. Tu historia es la de alguien más, pero te pertenece como le pertenece a cada cual el mundo que ve a través de las pupilas. Tu historia tiene otro protagonista y otro remitente, como una larga y nostálgica carta de amor envejecida. ¿Qué pasa cuando el flujo corre de un solo lado? Tu tocaste ese otro cuerpo, pero no llegaste a él, aunque su existencia misma se colara en la tuya hasta hacerlas dos, inseparables, hasta volverla la pauta de la tuya, hasta volver su biografía y la tuya una sola escritura. A través de esa figura que no eres tú, tu cuerpo descubrió la emoción, la embriaguez, la excitación, el anhelo, el olvido, el deseo de estar. El deseo de unión, erótico, pero no físico. Tú no querías acostarte con él, pero su cuerpo estaba siempre ahí, tibio, enigmático, atrayente.

¿Qué pasa con ese deseo que no se sacia (como debe ser), pero es un no-saciarse no-penetrante? Cuando el flujo toca y retoca, investiga y reconoce con las manos, y une y separa y vuelve a unir, y mantiene bocas unidas y ojos y atenciones. Cuando el flujo enlaza dos vidas como si vivieran aparte del resto, tu deseo atraviesa tus ojos para pasear por el cuerpo ajeno y tus memorias parecen ser un recorrido por aquello que hiciste siguiendo otros pasos. ¿Sientes que llegaste a conocerlo? ¿Sientes que él te conocía? Sí te reconocía, en esas vueltas en que volvían a mirarse, pero tus palabras parecen reflejar siempre una sola dirección, tus ojos siguiéndolo y el mirando hacia otro lado.

A ratos, parece que se comprenden, en esas largas conversaciones que no narras por completo, en esas escenas tuyas que vives tú mismo cuando las describes, cuando compartes otros cuerpos con él a través de su historia. Tú lo conoces, pero él no se recuerda y tú lo recuerdas por ambos.

²⁰ Echavarren, Roberto. *Ave roc*. Buenos Aires: Mansalva. 2007.

El deseo es erótico más que sexual, es contacto. La escritura se llena de detalles extraños, las piedritas de colores que constituyen una escena erótica marcada por imágenes específicas, uñas fosforescentes, habitaciones frías, camisetas de malla, botas de cuero. Las vestiduras de su cuerpo y de los otros son siempre disfraces, pero tú marcas la diferencia en su cuerpo, esa forma de cubrirse y destacarse que no era masculina ni femenina ni travestida, sino andrógina, y que era para ti liberadora.

Su cuerpo poco a poco se convierte en espectáculo, en ejemplo, en amalgama de objetos atrevidos y extravagantes que el resto copia, que se ven extraños en otro que no sea él. Tu visión lo endiosa, lo revela aún más como la imagen de un ser extraño, fascinante, pero al mismo tiempo lo vuelve humano, terrenal, vicioso, manchado de arena a las orillas del lago. Sus acciones son incoherentes, pero se mezclan con pensamientos, diálogos y canciones que le dan un nuevo sentido, en el marco de una vida extraña pero lógica en su deambular. Él es siempre fiel a sí mismo, y egoísta, y en algún momento decidiste no seguir cayendo con él. Pero su existencia seguía marcando la tuya y orbitabas a su alrededor sin quererlo, reconociéndolo una y otra vez y volviendo a tocarlo, descubriendo un mundo a través de su experiencia pero sin sacar nada en limpio.

Pero hay un fragmento, un pedazo de tu vida que te pertenece sólo a ti, ese momento que narras porque fue tu propio espectáculo, tu acercamiento propio a esa otra vida que no te pertenecía, tu momento de brillar, bajo la forma de un ritual desconocido que encarnan rostros indígenas y tradiciones ancestrales (porque los rostros del bar ya están muy gastados). Tu rito de iniciación por un mundo sodomita en donde los amujerados relucen (como los de tu propio mundo), pero tienen otra importancia, son un ser diferente²¹, aparte, destinado desde la infancia y criado como tal. La fantasía andrógina hecha realidad en los cuerpos de los que bailan “sin objeto”, en la doble significación de sin talismán y sin objetivo, sólo danzando a un ritmo imposible, imposiblemente cerca de la hoguera, tendiendo a quemarse pero sólo sudando. Jugando a tentar el sexo pero impedir el orgasmo, el contacto se vuelve salvaje y mucho más valioso, el toque permanente sin objeto y sin objetivo se vuelve el contacto verdadero, significativo, producto del azar, completo en la belleza de su carencia.

²¹ “El término les había sido aplicado por los misioneros españoles, pero en su idioma los llamaban con una palabra que quería decir <<ni hombre ni mujer>>, o más allá del hombre y la mujer”. *Ibíd*, p.81

El juego de la excitación sigue paso a paso, con situaciones sacadas al azar, culminando en orgías imposibles de estos seres andróginos, en un revoltijo de cuerpos que parece un desorden, pero en el que cada paso y cada acción tiene un significado, aunque tú, sujeto extranjero, apenas rascando la superficie de la tradición, no puedas entenderlo. Aquí tú ya eres invitado de honor, no traído para ser el espectáculo de los demás, de los animales, sino parte del show, invitado a seguir los pasos de los demás para ser parte de la cadena, a sufrir las consecuencias y los beneficios en carne propia, a hermanarte con el resto. El juego termina cuando uno de ambos debe penetrar a la “esposa universal”, los hombres travestidos, en-vestidos con los tatuajes femeninos, azotados y dispuestos para servir a los demás, cuyo coraje se mantiene en la imagen, en el disimular el dolor ante los golpes y simular el placer, poner la otra mejilla y enardecer a sus verdugos. En esta imagen exagerada, maquillada, de un ser despojado de su sexo y su voluntad, culmina el rito, cuando se ve doblegado por el ser más allá de todo, el que no se sacia.

Es ese el ser que buscamos llevar al escenario, ese ser perfecto que no se ata a nada, que no reniega de su propio cuerpo pero no le asigna un rol, que decide ser ese otro, diferente, más allá del hombre y de la mujer, más allá de lo sexual, hacia lo erótico. Es ahí donde tú, narrador, encuentras el amor que puedes enunciar como tal, y te embarcas en otra aventura con ese cuerpo extraño y atrayente, pero en el que reconoces otro deseo, que se vuelve físico, ardiente, carnal, siempre insaciable e insatisfecho, la comida que no sacia el hambre sino que excita más, en torno a la cual se establece el rito. La figura que es personificación del deseo es la encargada de guiar a los demás, el espectáculo comienza y termina bajo su dirección.

Devenires

El espacio entre las palabras y los relatos es demasiado amplio, y el papel demasiado estrecho para imponer un orden que los personajes respeten. O eso demuestran las apariciones que se pierden y se encuentran y se conocen, en esa mezcla de escenas que intentan mantener un tono y la impertinencia de las mujeres que se quejan en voz alta y lo rompen²². Son muchas, muchos vestidos danzando en los escenarios de Sarduy, entre las que sus sufrientes predilectas (Dolores, Auxilio, Socorro) se multiplican cada vez que se ponen un nuevo disfraz, o se quitan un sombrero, o interpretan un rol en una obra que interrumpa el narrador para introducir otra escena, o un diálogo, o una entrevista, o una apelación. O interrumpen ellas mismas, con sus comentarios sarcásticos, quejándose de la forma de narrar su historia, discutiendo con su biógrafo sobre las páginas.

La prosa es como una poesía que perdió su corsé, desparramándose en múltiples direcciones y revolviendo historias, personalidades, fingiendo la voz del autor, anticipando la del lector (hipotético, siempre), revolviendo los caminos de sus mujeres y las escenas perdidas que recrean, plagada de espectáculos inciertos, pero realizados con detalle y exactitud.

Nada que preguntarle a una sola de estas mujeres, que funcionan como un conjunto sin semejanzas. El mismo narrador, lo deja claro, no pretende justificar su desorden: la escritura habla por sí misma, y también los sujetos, encaminados todos a un objeto, deseando un final. Parecen transitar todas de un cuadro a otro, representando un rol con elegancia de actriz experimentada, para luego pasar al siguiente. Es una incesante transformación, un buscar más, más adornos, más afeites, más papeles. Es buscar ese deseo, el poder, un cuerpo, la salvación del alma. Es buscarse a sí mismas, incesantemente, a través de las culturas que se mezclan, a través de los objetos conocidos y los exóticos, a través de los rostros extranjeros y el propio que es otro en el espejo, diluido en el maquillaje.

El final es el baile que abre a la muerte, el baile que encuentra con los demás, el último que dura para siempre, con las mejores ropas y las joyas más brillantes. El final es el baile que

²² Sarduy, Severo. *De donde son los cantantes*. (1967) Barcelona: Seix Barral, 1980.

despedaza al cuerpo, parte por parte, manteniendo apenas su nombre de conjunto, como apenas el título de novela sostiene, como un hilo delgado y puesto por capricho, la maraña de caminos que es la escritura.

Y porqué no misales²³. El misal es un conjunto de oraciones, pero también un libro de indicaciones. Indican lectura y orden. Pero los misales de Di Giorgio olvidan el orden desde el primer momento, para constituirse como una cadena de relatos, sin conexión, sin un protagonista común, sin tiempo, pero con la misma intensidad que mantiene el deseo vibrando en cada página. Son todos el mismo acto, repetido una y otra vez pero sin gastarse, el mismo burlar y disfrazarse de las mujeres de Sarduy, pero ahora perdidas por completo en el acto.

La insensatez del deseo se vive en todo su esplendor, se luce transformando la realidad para llevar la realización del acto a un plano místico, a un impulso situado en un lugar intermedio entre el cuerpo y la ficción de lo imposible. La acción no se da entre la mujer y el hombre, ni entre la mujer y otras, u otros, sino entre el yo que es el lector y la narradora y los seres indefinidos que pueblan el mundo ilusorio de cada misal, que guían al sujeto de paso por una lógica que se acabará con el punto aparte y el nuevo título. Cada cuento es su propio universo, pero el lector que intenta encontrar un sentido pronto es decepcionado por el mismo yo, que es él, que se sorprende tanto como uno ante la inminencia del ataque pero que acata y lleva siempre al contacto, por muchos rodeos que dé antes de llegar. El sujeto (la mujer, la narradora, el yo) es impotente frente a los fenómenos que surgen a su paso, y aunque intente huir vuelve a encontrarse de frente con lo que creyó dejar atrás, y termina cayendo en el ataque, en el éxtasis momentáneo que lo deja siempre tan confuso como al principio.

Es un ataque: el encuentro siempre es agresivo, si no en su forma, en su intensidad. Y la violencia se ejerce sobre el cuerpo desde la misma escritura, que lo viola, el espacio que permite su ultraje, los seres inanimados o inexistentes que, sin embargo, lo penetran. Pero luego el cuerpo se vuelca sobre sí mismo y todo parece ser un cuadro más de onanismo, el sujeto dándose placer en el encuentro con el otro, tan perfecto que no existe, siempre hecho a la medida del deseo y presto a ejecutar el acto de la forma más conveniente. La violencia

²³ Di Giorgio, Marosa. *Misales: Relatos eróticos*. Buenos Aires: El cuenco de plata, 2005.

se intercambia, es el mismo sujeto el que la ejerce sobre sí, es la misma mujer la que se hace atacar. Y su mirada se refleja en el otro, pone a su cuerpo como inocente y escapa a la vergüenza de su propio impulso violento, no-natural.

El flujo de la experiencia fantástica es constante, siempre al margen de lo irreal pero empapado en certidumbre, en diferentes realidades en donde lo que reina es la percepción. Como en el baile sin objeto, el sujeto se sacia en no saciarse, en este éxtasis fugaz e insatisfactorio que es una violencia sobre sí mismo.

Ustedes, mujeres casuales, campesinas del mundo natural de Di Giorgio, vírgenes, madres, niñas y ancianas, ustedes que son todas la misma señora, son siempre ambiguas, pero constantes. Comienzan dibujando su historia clara para perder la identidad a mitad de camino y dejarse emborronar por los cuerpos ajenos. El contacto comienza en la mirada, incansable, severa, a veces indiferente, a veces curiosa, que toca al cuerpo antes de las manos. Todos esos sujetos y roles sociales (padre, madre, hija, virgen, esposo, novio), todos entran al juego, la escritura no los evade, pero ustedes toman la pureza del significado único y la sumergen en el mundo de las nuevas significaciones, escurridizas e intercambiables. Y el novio se vuelve un tatú, un tractor, un ave, y la boda se realiza en el encuentro efímero, y la separación de los esposos es rápida e indolora.

El acto puede dejarlas indiferentes, o nadando en un éxtasis moribundo, o pidiendo por más. El tiempo se deforma para ustedes, acortando los años y acumulando o quitando arrugas del rostro, haciendo morir y renacer a los padres, alargando hasta el infinito el momento del éxtasis, metiéndose en cada pliegue que el tiempo cronológico pasa por alto, describiendo el instante en párrafos y párrafos, porque es ese instante lo que enlaza los relatos.

En ese instante de deseo expresado, vivido, de contacto corporal a la luz del día, sus cuerpos se liberan de todo para acercarse a los otros, pero más para acercarse a sí mismos. El hombre casi no existe para ustedes, sólo importa su efecto sobre la piel²⁴, premeditado o

²⁴ “El impulso erótico es encarnado por agentes concebidos como medios para definir la sensación, causas inventadas para justificar los impactos. Los asedios eróticos suelen ser vistos bajo el lente de una causalidad siniestra y calamitosa” Echavarrén, Roberto. “Devenir intenso: Marosa di Giorgio” en *Fuera de género*. Montevideo: La Flauta Mágica, 2013. p. 156.

de sorpresa, pero siempre esperado. En sus cuerpos vuelve a unirse lo místico, lo sobrenatural, lo carnal y lo terrestre, lo humano y lo divino. Sus cuerpos, como la escritura, se extienden en todas direcciones para permitir el ingreso, se entregan al tiempo que devoran, pero sin carecer de nada. No buscan algo en el sujeto, ente, animal con el que se produce el encuentro, tan sólo se pasean como cualquiera, por el jardín, jugando a saciar los instintos en el compañero más cercano, excitándose con cualquier recoveco de su imaginación desbordada. Puede que no haya comunicación del todo, entre estos yo y los que poseen, puede no ser más que el reflejo de su voz chocando contra su propia piel, y puede que el goce implique siempre un toque de angustia, de peligro, que lo intensifica, que lo acerca al umbral de lo sublime, placer y dolor entretreídos. Pero estos cuerpos desvergonzados tienden más a la apertura, se conocen más a sí mismos, aprenden a disfrutar del temor al encuentro, de la expectación, y a no saciarse en el instante del éxtasis, a consumir la boda para romperla después, sin intenciones de atadura, sin pérdida²⁵.

Tantos nombres se le dan a esta señora que los pierde por completo, tantos rostros y tantas edades que atraviesa el umbral del tiempo, tantos novios y tantos esposos que se vuelve un cuerpo que vive a razón de su deseo. El espectáculo continúa en las páginas de Di Giorgio, pero es un espectáculo natural, ligado al aire libre, lejos del asfalto ardiente de la ciudad, cercano al instinto animal que busca su retorno. Pero los cuerpos actuales, arrancados de raíz, se encuentran vestidos en las calles, sin reconocerse, y es aquí donde el contacto se hace más difícil.

²⁵ “El cuerpo autónomo en Di Giorgio alcanza una libertad más allá de los condicionamientos de una vida en común, de una correspondencia erótica de pareja entre dos personas” Echavarren, *Ibid.*, p.160.

Encuentro callejero

Todo se reduce a los segundos de brillo de las locas en la calle²⁶, trabajando bajo los focos en la neblina de Santiago a medianoche, los segundos espléndidos de taco alto y falda de lentejuelas antes de que una mano asome por el vidrio ofreciendo dinero y la última invitación, porque al abrirle las piernas al gringo le abrimos la puerta a todas las parcas que vengan a la carrera, la primera se lleva el premio de la amiga loca y no queda más que planear el funeral. ¿Hay acaso amor para nosotras, para el submundo, para las del “afuera” que ya no es tal? (porque está dentro de todas las casas aunque la gente se estire en sus sillones y pretenda no fijarse en las plumas que caen del bolsillo del compañero y las marcas mal-quitadas de delineador bajo el ojo). Para nosotras que nos escondemos detrás de muchos nombres, que guardamos uno y tomamos otro y cargamos con el peso de dos letreros y dos vidas en la cartera, ¿hay acaso un amor que no sea una ilusión artúrica²⁷, un muchacho desnudo visto y no visto, perseguido entre los barrotes para caer fulminado?... porque la vida es demasiado dura y si tú, Arturo, que eras la estrella más brillante, no pudiste soportarlo, ¿qué queda para nosotras?

Tú, Arturo, viviste una historia de amor encerrado entre tres paredes y una reja, en un ambiente hostil, pero fue quizá la dureza del exterior la que te dio la facilidad para crear esa imagen ilusoria. Mientras más duro pegaban los guardias más bello se te aparecía el muchacho, y mientras más deseabas su compañía más te esforzabas por destacar, por montar un espectáculo en el que todas y todos se fijaran, hasta volverte tan conocida y reconocida, tan típica que comenzaran a pasarte por alto. En ese pequeño universo que era la cárcel aprendiste a manejarte a tu gusto, a saber dónde y cómo presionar para obtener lo que querías, a hacerte tu propio camino para que te dejaran en paz.

Pero los fantasmas del pasado volvían, mezclados con la imagen de lo que anhelabas, el peso de lo que no fuiste y de lo que hubieses podido ser, si no te hubiera tocado la caída de la noche dura a la salida de la disco, el encierro sin razones que te llevó lentamente a la locura. Cerraste los oídos a los demás para escuchar tu propia música interior, y nadie puede culparte porque no había mucho que escuchar afuera, pero tu encierro se convirtió en

²⁶ Lemebel, Pedro. *Loco afán*. Buenos Aires: La Página. 2009.

²⁷ Arenas, Reinaldo. *Arturo, la estrella más brillante*. Barcelona: Montesinos, 1984.

tu verdugo y tu salvación. Ese ser amado tuyo, perfecto, que era simplemente una forma de entretenerte, comenzó a ser una obsesión, a transformarse de a poco en algo a lo que necesitabas llegar, en una meta, en una mano que tomar. Y en lugar de imaginar algo que podría sacarte buscaste cómo atraerlo a tu propio mundo, creando para él un palacio lleno de las cosas que tu proyectabas, de lo que significaba para ti la vida, y quizá no la libertad, pero la posibilidad de ser a espaldas del mundo, entre otras cuatro paredes cerradas pero elegidas y diseñadas por ti.

Entonces comenzaste a perderte, Arturo, entonces volteaste tu vida en un pasatiempo y esa ilusión en lo único real, y corriste sin mirar a los lados. Y te perdimos, y junto a ti se perdieron tus palabras, tus canciones, tu imaginación de príncipe, tu gracia para moverte entre leones, tu astucia para mantenerte despierto. Tu ilusión te llevo lejos de ese mundo que no te entendía, pero lejos también de nosotras que volvemos a leerle con el suspiro de las historias trágicas que no sacan lágrimas sino que silencio.

Háblame de tiempos anteriores, Arturo, cuéntanos a nosotras las locas, tan locas como tus compañeras de celda pero con oídos atentos, sobre las fiestas y las luces, que conocemos tan bien; sobre la música que se queda para siempre en los oídos, que no todas escuchamos; sobre la garra decrepita de la vieja que no deja vivir, la garra del dragón que ninguna de nosotras, doncellas y caballeros amalgamados, pudimos jamás vencer. Nosotras no conocemos otro amor que el pasajero, el de segunda mano, nosotras que somos muñecas de exhibición para matar el tedio, que jugamos con los galanes de televisión inventando romances adolescentes, nosotras que creamos tres, cuatro facetas para movernos a nuestras anchas en la ciudad multidimensional, no tenemos tu precisión de arquitecto para los castillos. Nosotras que no tenemos tiempo para evadir ni para inventar romances, porque en la calle hay que tener los ojos abiertos o le roban a una hasta el alma, negra de remordimientos o ligera y volátil, no importa, todo se vende.

Tú soñabas con tu muchacho mientras cantabas, mientras bailabas estando en otro lugar, pero nosotras cantamos tratando de encontrarlo. Tú te escondiste entre la muchedumbre, notoria hasta la vulgaridad, para que nadie se fijara en ti. Pero la lucha en la ciudad es diferente, los escenarios arden y una tiene que sujetarse la peluca y entrar toreando, *hacerse respetar*, como reza esa frase de los machitos tan manoseada y estúpida pero tan útil.

Nuestro mundo, como cualquier otro, está lleno de lugares comunes que se travisten de noche. Nosotras corrompemos tu espacio, con nuestros gestos grotescos y la voz ronca afeminada hasta lo imposible, pero es un espacio que nos hemos ganado a punta de esfuerzo, de matarse los pies con los tacos altos y soportar las groserías y cruzar la calle mirando hacia adelante.

Para nosotras no hay secretos entre las sábanas, no hay recovecos del sexo que no conozcamos ni palabras obscenas que nos hagan ruborizar. Para nosotras la orgía no tiene misterio, lo misterioso es el romance, el cortejo que no conocemos, nosotras acostumbradas apenas a un breve intercambio de palabras y billetes. Pero el amor en las calles es peligroso, la atracción fatal, el amor puede llevarte a un auto sola, entre cuatro tipos, y dejarte sin cartera y sin zapatos, el amor puede empujarte a cometer una locura y pregúntele a Molina²⁸ si no es cierto, muerto de un tiro por una simple llamadita telefónica que su corazón de esposa fiel no pudo negar. El amor como lo entiendes tú, enamorado fiel, ese amor de película, celos y regaños, besos matutinos y tostadas con miel, ese amor se nos niega y se nos esconde, y lo buscamos a ciegas en los ratos de ocio, siempre con miedo porque, mal llevado, te quita hasta lo comido y lo bailado.

²⁸ Puig, Manuel. *El beso de la mujer araña*. Barcelona: Seix Barral, 1982.

Falda y pantalón

Para nosotras se pierde la línea entre hombres y mujeres, porque entre capas y capas de maquillaje y vestidos todo se oculta y todo se permite, y remedando una femineidad ajena hemos creado un ser de género indefinido pero con carácter propio, un animal exótico al que dimos un hogar y un lenguaje, y ahora somos nosotras las remedadas por los hombres con un par de tragos o por el humorista sobre el escenario. Pero para dar los últimos pasos es quizá necesario seguir avanzando, llegar hasta el punto en donde no haya rastro de órgano ni genital a la vista, hasta el momento en que en realidad no importe lo que traigas entre las piernas, hasta la supresión absoluta o la amalgama final, que es lo mismo, hasta que todos los sexos se confundan en la figura hermafrodita del ser perfecto, que ama sin contemplaciones. Si vamos a cultivar nuestro deseo en pos de la liberación, de la posibilidad infinita de las conductas y los compañeros sexuales, entonces deberíamos abandonar la idea del género como una represión impuesta, como una categoría rígida, una cárcel con un reglamento de “deber ser”, como el que se impone aún hoy en las casas tradicionales y que todas traemos guardado en alguna parte de la memoria, recitado por la voz de la vieja: “los hombres no lloran, los hombres no friegan platos, etc, etc”. Ese peso que cargamos todos, hombres, mujeres, heterosexuales y locas, y que fragmenta la posibilidad del placer en el transcurso del deseo, porque si amas sólo a la mujer en mi, si tu deseo hacia mi va a acabar en el momento en que me quite el vestido ¿cómo puedes decir que me amas?

¿Qué dices tú, enamorado? ¿No tiene tu objeto un sexo, un género definido? Si tu romance comienza de esta forma entonces ya terminó, entonces es cierto que no hay cabida para tu amor en el flujo de nuestro deseo, entonces el rostro de tu amada va a perderse en el torrente, ¿y cómo vas a reconocerla sin rímel ni labial? Si su cuerpo cambia apenas un poco, porque el bisturí todo lo puede, ¿qué vas a hacer cuando tus manos no reconozcan su piel, cuando el tocar de tu deseo se vuelva un buscar incesante de partes que ya no están, que se fueron, que no estuvieron jamás sino como un tumor, un error que su cuerpo cargaba a cuestas?

Sólo si dices que incluso así la amarías, sólo si tu piel sigue enrojeciendo ante la visión de su desnudez, sólo así te creeríamos. Porque también nosotras debemos hacer nuestro mea

culpa y aceptar que más de una vez quisimos cambiar para entrar en la casita de las niñas, para que el jovencito apuesto de la escuela nos acompañara a casa de la mano y nuestras madres nos trenzaran el cabello y el espejo devolviera el reflejo del prototipo perfecto de una señorita. Porque también nosotras a veces sólo buscamos al macho, a ese espécimen, el alfa de la manada que debimos haber sido nosotras, perfecto como reza la biblia, al pie de la letra. Pero porque con unas copas somos capaces de travestirlo y ponerle rosas en el cabello, de reírnos en su cara y arruinar las ilusiones más tontas de la compañera inventando que vimos al tipo que le gusta, al semental del reality o del cine, anoche en la discoteque y que el arroz se le quema hasta la ceniza, por esa desvergüenza que una se gana cuando cree que lo ha visto todo, por eso creo que tenemos esperanza.

No sabemos si el romance existe detrás de esa multiplicidad de vidas y posibilidades, si abriendo los brazos para los reprimidos y olvidando las etiquetas podemos darle una vuelta de tuerca a la sociedad y extender nuestros dominios hasta la luz del día, cambiando la penetración culpable por el beso del amado que no desaparece después. Si podemos amar las partes mujer, hombre, animal y consciencia de nuestros hermafroditas en proceso, integrarlos a nosotras, botar las barreras de nuestro círculo sectario y las de nuestro propio prejuicio, para abrazarnos sin miedo a sus cuerpos desconocidos, manifestándonos en el gesto mártir de ofrecernos por la libertad de elección.²⁹ Pero sospechamos que, si el deseo no acepta límites, imponerlos es falsearlo, cambiar a la fuerza el curso de un río o instaurar una represa en medio, reprimir una parte del ser, ponerle cadenas a la piel (nosotras que sabemos de cadenas y disfraces). Si el deseo es el poder, poder de conectarse, de crear, cambiar, unirse, mutar y desnudarse, de encontrar y ser encontrado, lamer y ser lamido, convertirse en camino de entrada y salida, enloquecer en el ansia y saturarse en el éxtasis y sentir hasta el extremo de los sentidos, entonces no puede depender de una falda o un pantalón.

²⁹ “La tendencia asumida de un modo más o menos cabal conduce a otras formas de placeres, de relaciones, de coexistencias, de lazos, de amores, de intensidades. Se instauran nuevas formas de amor y creación. Por lo tanto, el sexo no es una fatalidad: sino el posible acceso a una visión creadora”. Echavarren, Roberto. *Fuera de género*. Buenos Aires: La Flauta mágica, 2013.p.188.

Conclusión

El deseo predomina, en la escritura, en el cuerpo, en el sujeto, en la proyección de lo social, en la identidad (o no-identidad), en la pretendida libertad, en las relaciones. Atraviesa todos los planos en más de una dirección a la vez, como un devenir que unifica. Cuestionar su efecto sobre el sujeto parece imposible, pero descubrir hasta qué punto actúa en su realización es también inabarcable. Sólo la escritura puede mostrar, apenas, un esbozo de las líneas de deseo entre sus propias líneas, y mostrar también la percepción que de él tienen los sujetos, sus propios personajes, perdidos en la ficción de lo certero.

La escritura sólo puede pretender inmiscuirse en otras, trazar ciertas directrices para organizar los sentidos, siempre suponiendo más que confirmando. Pero, como en los devenires del deseo, el verdadero contacto yace en ese perderse, en el deambular, el conocer y cuestionar la lectura, en la permanente duda de la escritura (im)propia que se constituye sobre el deseo.

El deseo unifica, pero también separa, manteniéndose siempre en el límite de la piel, transmitiendo el contacto para reafirmar al cuerpo como uno, autónomo, diferente del resto pero predispuesto al encuentro. Se experimenta como carencia, pero es siempre un impulso positivo, que llama al movimiento, que orienta el devenir del sujeto. Ya sea que esté atado por la imposición de un género, como un estigma, ya sea que se exprese sólo en la mirada deseante y no en el contacto físico, ya sea que se desate hasta la violencia que excede la penetración, ya sea que se viva, palpable, en el retraso del clímax, ya sea que tome posesión del cuerpo entero y se recree en sí mismo, jugando a tocar a otros para luego separarse. Está siempre fuera, más atrás del origen, más adelante del éxtasis momentáneo. No busca llevar hacia un lugar o un espacio, sino a un estado, a una perspectiva nueva sobre las posibilidades de complacencia, sobre la creación de nuevos placeres, a una fuga constante que sin embargo construye, articula, fluye.

Alejarse de los roles convencionales, de la imposición del sexo biológico, del valor social atribuido a las relaciones, des-cosificar al otro, implica recuperar al deseo como la carga positiva primordial del ser, que lo constituye sin determinarlo, en permanente proceso,

como el cuerpo mismo, en búsqueda de nuevos caminos, y, en un segundo plano, en búsqueda de formas de comunicación que han sido coartadas, ya sea por la sexualización de los placeres (considerando la idea de sexualidad como otra imposición de los discursos de poder), que llevan el contacto a la genitalización o al tabú, ya sea por el orden social de las relaciones duales, ya sea por la preferencia a hablar del placer como el objetivo que de deseo como el trayecto. Recuperar el deseo significaría comprender la propia resistencia al poder como capacidad creadora, llegar al conocimiento de uno mismo para poder luego apartarse de sí, y permitir el flujo, a través del propio ser, de las intensidades de otros deseos.

Bibliografía

- Arenas, Reinaldo. *Arturo, la estrella más brillante*. Barcelona: Montesinos, 1984.
- Barthes, Roland. *Fragmentos de un discurso amoroso* (1977). Trad. Eduardo Molina. Ciudad de México: Siglo Veintiuno, 1993
- Bataille, Georges. *El erotismo* (1957). Barcelona: Tusquets Editores, 2005
- Baudrillard, Jean. *De la seducción*. (1986) Madrid: Cátedra. 2001
- Baudry, Jean-Louis. "Escritura, ficción, ideología" *Unión*, Año 10, N°3 (septiembre, 1971)
- Di Giorgio, Marosa. *Misales: Relatos eróticos*. Buenos Aires: El cuenco de plata, 2005.
- Donoso, José. *El lugar sin límites*. (1966) Barcelona: Bruguera, 1984.
- Echavarren, Roberto. *Ave roc*. Buenos Aires: Mansalva. 2007.
- Echavarren, Roberto. *Fuera de género*. Montevideo: La Flauta Mágica, 2013
- Lamborghini, Osvaldo. *Tadeys*. Buenos Aires: Mondadori, 2012.
- Lemebel, Pedro. *Loco afán*. Buenos Aires: La Página. 2009.
- Pasolini, Pier Paolo . [et al.]. *Erotismo y destrucción*. Trad. Augusto M.Torres y Belén Díaz. Madrid: Fundamentos, 1998
- Pizarnik, Alejandra. *La condesa sangrienta*. (1965) Barcelona/Madrid: Ediciones del Zorro Rojo, con ilustraciones de Santiago Caruso, 2009.
- Puig, Manuel. *El beso de la mujer araña*. Barcelona: Seix Barral, 1982.
- Sarduy, Severo. *Cobra*. Buenos Aires: Sudamericana, 1973.
- Sarduy, Severo. *De donde son los cantantes*. (1967) Barcelona: Seix Barral, 1980.
- Sarduy, Severo. *Escritos sobre un cuerpo*, Buenos Aires: Sudamericana, 1969